

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA  
DON JOSÉ MIGUEL BARROS FRANCO,  
EN REPRESENTACIÓN DE LAS ACADEMIAS IBEROAMERICANAS  
DURANTE LA CEREMONIA INAUGURAL DEL  
XI CONGRESO EXTRAORDINARIO DE ACADEMIAS IBEROAMERICANAS  
16 DE JUNIO DE 2009

Señoras y señores.

Gracias a la benévola deferencia del gran señor ecuatoriano Don Manuel de Guzmán Polanco, me hallo investido hoy como intérprete de las Academias extranjeras que concurren a este encuentro.

Honrado por esta designación, la recibo con la frente en alto y el corazón agradecido, confiando en responder dignamente a ella.

Vayan estas primeras palabras en nombre de mis mandantes para manifestar nuestro profundo reconocimiento por el cordial gesto de las altas autoridades que nos han invitado a reunirnos en la luminosa metrópoli quiteña, en el marco del bicentenario de la primera expresión autonómica hispanoamericana. Gracias a ellas, gozamos hoy del privilegio de reunirnos al amparo de estos muros consagrados por Dios y por los hombres.

-----  
Generalmente, nosotros - los Académicos de la Historia - no somos actores en los círculos áulicos; ni figuramos en el terreno parlamentario; ni nos movemos en el rutilante escenario de la diplomacia.

En contraste con tales escenarios, nuestras Academias son severas cofradías de mujeres y hombres de buena voluntad que, en el recogimiento intelectual, se entregan al estudio de las interacciones humanas de ayer y de hoy.

Somos y aspiramos a ser verificadores de hechos e intérpretes de documentos, empeñados en una afanosa búsqueda de la verdad histórica.

Permanentemente dispuestos a cooperar en pro del bien común, abrigamos en nuestros pechos la esperanza de que, poniéndola en manos de quienes intervienen en la gestión pública, esa verdad esté siempre al servicio de la justicia y de la paz.

Para nosotros los Académicos Iberoamericanos, no diviso una tarea más noble: servir a nuestros pueblos luchando, día a día, para que en la vida nacional e internacional se imponga la verdad como un valor supremo.

¿Cómo no recordar que, hace veinte siglos, un hombre justo y sabio nacido en Belén formuló una predicción y una promesa al aseverar que la verdad nos haría libres?

Hoy, nosotros, como auxiliares y servidores de la Historia, desearíamos hacer nuestras aquella afirmación y aquella promesa, convirtiéndolas en el lema de nuestros afanes y esperanzas.

¡Ojalá que las verdades que desentrañemos exorcicen viejos prejuicios, estériles divisionismos, torvas complacencias y torpes enfoques de nuestro pasado!

¡Ojalá que siempre seamos capaces de interrogar serenamente a ese pasado y de extraer de sus respuestas la renovadora savia del entendimiento fraternal!

Así concebimos nuestra tarea de hoy: recorrer imaginativamente ese sendero del pasado y, en todo cuanto nos sea dable, aportar nuestros logros para común beneficio de la comunidad iberoamericana.

Empero, no somos ilusos. Estamos conscientes de que enfrentamos un vasto y laborioso ejercicio y de que nos resta mucho por hacer.

-----  
En estos breves días analizaremos los fundamentos del proceso emancipador de Iberoamérica, esforzándonos por arrojar mayores luces sobre este complejo cuadro histórico.

Como un recién llegado a esta clase de cónclaves, permitidme que - apartándome de formalidades protocolares -concluya con un interrogante personal, que apunta a la proyección del proceso independentista sobre nuestro devenir histórico: ¿ lograremos a la postre, como pueblos, liberarnos de nuestro temperamento, que es intrínsecamente disociador?

Afortunadamente, para lenificar tal inquietud, me acompaña el recuerdo de un mensaje que dirigió a los viandantes del mundo el gran poeta español Antonio Machado: ***¡Caminante! No hay camino, sino estelas en la mar...¡Caminante! No hay camino; se hace camino al andar.***